

Historias de aula 1



Ministerio de
Educación

Presidencia de la Nación

Coordinación de Programas
para la Construcción de Ciudadanía
en la Escuela



Programa Nacional por los Derechos
de la Niñez y la Adolescencia

La historia de Alberto, Pablo y Ana

de Francisco Cajiao

Alberto

Miembros de su familia aseguran que Alberto comenzó a hablar relativamente tarde y bastante despacio y que no era un niño particularmente locuaz. Se mostraba profundamente interesado en el mundo de los objetos. Su padre, junto con su hermano, fabricaban diversos aparatos eléctricos que excitaban la curiosidad del niño. Le encantaba hacer construcciones de todo tipo, se quedaba absorto resolviendo rompecabezas y le fascinaban las ruedas y todos los demás objetos con partes móviles. Aunque no era abiertamente antisocial, parecía haber marchado a su propio ritmo desde una edad temprana. A menudo jugaba solo aun cuando había otros niños al lado. Normalmente era callado y serio, pero a veces explotaba en fuertes rabietas, entre las que se incluye un episodio en el que tiró una silla a un maestro. Gran parte de su tiempo lo pasaba meditando sobre preguntas y enigmas científicos, en compañía de un reducido círculo de amigos.



Pablo

Pablo daba señales de talento en múltiples habilidades: para percibir detalles, disposiciones visuales, pensar en configuraciones espaciales, recordar prácticamente cada escena real o pintada de la cual hubiera sido testigo alguna vez y prestar atención al mundo de los otros seres humanos. Tenía mucha destreza manual para dibujar; por ejemplo, el don de comenzar una obra



desde un punto arbitrario, procediendo de un modo aparentemente poco metódico y concluyendo sin embargo, con una obra coherente. No le gustaba la escuela, intentaba con todo el empeño no asistir a ella. Tuvo dificultad en aprender a leer y escribir y más todavía, para dominar los números. Parecía tratar los números como si fueran modelos visuales antes que símbolos de cantidades; veía, por ejemplo, una paloma como si fuera una disposición de ojos como ceros y alas como doces.

Ana

Lo que más le gustaba en la vida era inventar cosas. Los inventos salían de sus sueños y, según ella, *cuando despertaba, averiguaba de qué estaban hechos y lograba hacerlos realidad.*

Ana inventaba juegos, máquinas que desarmaba y rearmaba para luego hacer ladrillos; sabía hacer caballos de papel y trucos de magia. Tenía la costumbre de dismantelar los juguetes y las radios viejas para ver cómo funcionaban. No admiraba a nadie en espe-

cial y cuando se le preguntaba qué iba a ser cuando llegara a grande, apenas respondía "No sé". Sus maestros cuentan que, en general, cumplía discretamente con las tareas que le eran asignadas. En alguna medida se destacaba en matemáticas, pero tenía muchas dificultades en lengua.



Muchos años atrás, Alberto y Pablo vivían su infancia de manera similar a la que hoy vive Ana, en familias comunes, asistiendo a escuelas comunes, entre juegos, peleas y risas. Hoy todos conocemos cómo siguió la vida de Albert Einstein y Pablo Picasso. La de Ana es apenas una posibilidad, una promesa que surge en cualquier barrio de Buenos Aires, Posadas o Río Gallegos. Algo pasó en las vidas de esos dos grandes hombres, así como en la de Indira Ghandi, Martha Graham o Madame Curie: encontraron estímulos, gente que creyó en ellos, libros que cayeron en sus manos, circunstancias que alimentaron el circuito de sus inquietu-

des intelectuales, artísticas o sociales. Ana, así como esos chicos y chicas que todos los días van a la escuela para aprender junto a usted, está esperando un turno para ingresar al mundo de los sueños que se hicieron realidad.

MIRAR Y VER

de Sergio Kern

I

La seño dijo que vamos a ir a la biblioteca de la escuela porque nos va a visitar un señor que hace libros. Los dibuja y los escribe.

Lo contó ayer cuando estaba por terminar la última hora. Nos dijo que le podemos preguntar cosas. De todo. Lo que queramos.

También vamos a leer sus libros y mirar los dibujos antes de que él venga.

II

Hoy leímos tres libros del que va a venir a visitarnos y la seño describió cómo eran los dibujos que él hace.

Nos contó que dibuja muchas lunas con nariz grande. Y también soles. Muchos soles.

No sé para qué puede dibujar tantos soles si sol hay uno solo.

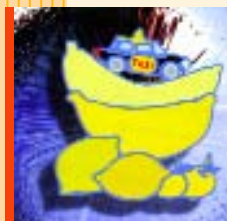
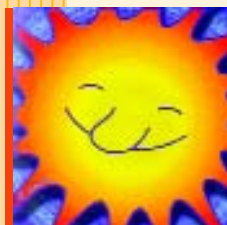
Cuando salgo de mi casa y voy a la escuela, siento el calorcito en la cara y en la ropa, y ya me parece un montón un solo sol.

III

Ahora estoy yendo a la escuela y llueve todo el rato. Y parece que las gotas explotaran como petardos de Navidad en el piloto de plástico que me puso mi papá.

Hoy vendrá el que hace libros y me parece que se va a mojar si no tiene un piloto como el mío.

Mi papá me dijo que mi piloto es de plástico amarillo. Y me estuvo contando de muchas cosas que son amarillas. Las bananas son amarillas. Los limones maduros son amarillos. Hay ciruelas amarillas. El techo de los taxis es amarillo.



IV

Ahora estamos todos en el salón de la biblioteca de la escuela. Somos tres terceros grados juntos. Todos los chicos estamos gritando. Para colmo, este salón es muy pero muy grande y todo retumba.

¡Qué lío que estamos haciendo!

Estoy en una mesita que está en el medio del salón, rodeada por el resto de las mesitas.

Le dije a la seño que me quería sentar con Patri y Migue. Y me dejó. Pero también están Moni y Juampa que no me los banco para nada, porque se pegan todo el tiempo. En cambio, Patri y Migue se ríen y me hacen reír siempre.

V

Todos se callaron.

Parece que entró el señor que hace libros.

Nos dijo cómo se llamaba y se puso a hablar de cuando era chico. Parece que su papá también hacía libros.

Ahora se pone a contar de cómo ve él las cosas. De qué manera las mira para después dibujarlas. Habla de los colores que tienen las cosas después de la lluvia. A mí ya me parecía que algo de eso debía pasar después de la lluvia. Porque todo queda recién lavado. ¡Es lógico!

Ahora está hablando del color que tienen las cosas cuando se oxidan. Le voy a preguntar a mi papá por qué se oxidan las cosas. Ahora dice que nos va a leer unos cuentos. Pero que son cuentos que no escribió él. Dice que nos va a leer cuentos que a él le han gustado mucho.

VI

Se puso a leer pero no se le entiende mucho. Lee despacio pero se come casi todas las "s". Mi papá dice que los rosarinos se comen las "s". Mi papá es rosarino. Mi papá tenía razón. Porque el que hace libros es rosarino. Me parece gracioso cómo lee. Pero el cuento que está leyendo es un plomazo. A él le debe haber gustado mucho, pero es re-aburrido. ¡No pasa nada!

Ahora se puso a leer uno en el que los monstruos van a la escuela.

Éste sí que me gusta. Nos dijo que lo escribió una escritora amiga de él. Como el cuento se llama "¡Silencio, niños!", todos nos enojamos un poco. Pero cuando nos dimos cuenta de que era el título, nos reímos.

VII

Ahora terminó de leer los cuentos y nos dice que nos va a hacer un dibujo en el pizarrón para que veamos cómo dibuja.

(Me parece que ya era hora de una buena vez de que mostrara lo que hace.) Y nos dice que nos pongamos a dibujar nosotros también mientras él hace su dibujo. Bueno, parece que los chicos trajeron de todo para dibujar. Ya nos habían avisado de eso, así que yo también traje lo mío.



Se escuchan los ruidos de los marcadores, los lápices, las pinturitas, las gomas, las acuarelas en pastilla y los crayones sobre las mesas.

Moni está llorando porque Juampa le pisó el crayón bermellón que era el mejor. Mi mamá el otro día me explicó el color bermellón, pero no le entendí mucho. Ahora Moni lo pellizcó a Juampa y él también llora y dice vas a ver.

La seño les está hablando. Parece que se van a quedar después de hora. Ojalá que no.

VIII

Estoy escuchando el ruido de la tiza en el pizarrón. Nunca había escuchado hacer líneas tan largas. El ruido de cuando la seño escribe en el pizarrón es: "Zip" "Ziip" "Ñic" "Ñiiic" "Ñic" "Zap" "Zap" "Tic". Pero ahora se escucha: "Ñiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiic" "Zap" "Ziiiiiiiiiiiiiiiiiiiiip".

El señor que hace libros nos dijo que podíamos dibujar lo que quisiéramos y que no tenía por qué ser de los cuentos que él había leído. Que hiciéramos cualquier cosa, lo que nos gustara.

Pero yo voy a modelar en plastilina los personajes del cuento de los monstruos que van a la escuela que él nos leyó.

Porque me hizo reír. Además, entre los monstruos estaban Frankenstein y Drácula que me encantan. Migue me pone en la mano un paquetito de plastilina que me trajo de su casa y me dice que es una plastilina fabulosa porque no se pega en los dedos para nada.



Yo le digo que la mía también es así, pero él dice que ésta es superior todavía. Patri se ríe y nos dice que todas son de la misma marca pero de distintos colores.

Me pongo a amasar el cuerpo de Frankenstein que me está quedando medio gordito. Juampa dice que parece un huevito de codorniz pero a mí me gusta.

Entonces me pongo a hacer a la Momia y es re-fácil porque no tiene ropa ni capa. Después hago a Drácula pero no encuentro los colmillos. Ni me acuerdo si ya los hice o no. Y al final vuelvo a Frankenstein.

Ya le hice la cabecita con tornillos en las orejas. Le puse las piernas y lo acosté al lado de la Momia y Drácula que también están acostados. Ahora le estoy amasando los bracitos. Ya le puse uno y quedó perfecto. Al fin estoy con el otro bracito.



No hay ruido a tiza. El que hace libros dejó de dibujar en el pizarrón y dice que va a venir a ver lo que hicimos nosotros.

IX

Parece que viene directamente a nuestra mesa. Avanza charlando con otro señor que lo trae hacia aquí.

El otro señor le dice: "Mire sobre la base de lo que usted charló y leyó, lo que hizo esta nenita no vidente". (Yo soy la no vidente.)

Pero no me gusta que me digan así. Con que me digan ciega ya está bien. Mi papá dice que hay que llamar a las cosas por su nombre y listo.

El señor que hace libros se quedó mudo, parece.

Entonces escucho que el otro señor le dice: "A propósito es que no le dijimos que había no videntes entre los niños. Porque si no, usted no hubiera hablado de lo que habló ni dibujado lo

que dibujó". Y le empieza a explicar que es un plan piloto (¿como mi piloto amarillo?) para que los que somos ciegos estemos más juntos con los pibes que no lo son.

Chocolate por la noticia. Mi papá me lo había explicado todo.

Pero el que hace libros ya no lo escucha y me pregunta cómo me llamo.

–Ximena –le digo, y agrego –Ximena con "X".

Y entonces el que hace libros me empieza a hablar todo con "x", y me largo a reír y él también y la seño también.

Entonces el señor de los libros se pone a mirar a la Momia y a Drácula y me dice que le encantan y yo me río más.

Y me dice que el Frankenstein que hice le parece increíble. Y yo muevo la cabeza para el otro lado, porque me da un cachito de vergüenza. Y me dice que él mismo, como es gordito, es idéntico a mi Frankenstein. Y yo pienso en la suerte que tuvo el señor que hace libros. Con esos tornillos en la cabeza y comiéndose todas las "s", igual pudo aprender a hacer libros.

X

Entonces el señor que hace libros me dice:

"Aquí te quedó el otro bracito de Frankenstein, ¿querés que te ayude a ponérselo?" y yo le digo que sí moviendo la cabeza. Entonces él lo agarra con cuidado y lo levanta despacio para que no se rompa porque ya se había pegado un poco en la mesa por el calor.

Y cuando siento que ya lo tiene entre los dedos, lo tomo de la muñeca y le guío la mano hasta donde dejé acostado a Frankenstein. Y entre los dos le ponemos el brazo para que salga justo del hombro y Frankenstein pueda moverlo sin problemas. Entonces le paso el dedo para que la plastilina quede lisita.

Y ahí sí, toda contenta le digo al que hace libros:

–¿Ves? ¡Quedó perfecto!